

RAMON J. SENDER: REGRESAR ES MORIR UN POCO

EL 29 de mayo de 1974, regresaba a España Ramón J. Sender, tras treinta y seis años de ausencia. Como Carner, como Casona, como Américo Castro... Como dicen que ahora hará también Madariaga... El aeropuerto de Barcelona se encontraba repleto de periodistas, de cámaras de televisión, de No-Do, de espectadores asombrados, de entusiastas patriotas... Sender sonreía y, dicen, lloró un poco. Venía en principio a dar una conferencia organizada por la Fundación General Mediterránea, pero también a quedarse ya definitivamente. La prohibición que pesaba sobre algunos de sus libros parece que va a levantarse y, según el escritor, ya no había motivos para negarse a regresar... José Luis Castillo Puche gestionó esta vuelta al hogar, y los periódicos le llamaron «el nuevo Kissinger»... Había, pues, un ambiente de fiesta, multitudinario y confuso. Algunos periodistas se acercaban a Sender. Preguntaban al azar, sin saber exactamente de quién se trataba. La mayoría de sus preguntas giraban en torno a las sensaciones del escritor al volver a España; otras, sobre su personalidad literaria, destacándolo como Premio Nacional de Literatura (¡distinción recibida en 1935!); otras, sobre el lugar elegido por Sender para residir en España...

El autor de «Réquiem por un campesino español», «Mister Witt en el Cantón», «La aventura equinoccial de Lope de Aguirre», «Siete domingos rojos», «Crónica del alba», «El Rey y la Reina», «Imán»..., es ahora un hombre cansado y viejo. Sus setenta y tres años se han transformado en una barba blanca, en cierta dificultad para hablar, debida a una afección asmática, quizá en una obsesión por la muerte, de la que sus últimas novelas dan fe y de la que también nos hablaría en la entrevista que mantuvimos con él.

No era fácil acceder a Sender. Y de hacerlo, era necesario desprenderse de las preguntas que estaban en el aire. Todas ellas habían sido consumidas por otros entrevistadores, quizá precipitadamente, pero, de todas formas, con la suficiente insistencia para que Sender tuviese ya organizadas unas respuestas descomprometidas, un tanto evasivas. Fueron unas horas repletas de movimiento. Las sensaciones personales de Ramón J. Sender se supeditaban al folklore del periodismo, a la necesidad de pagar la entrada. Y aunque pudimos encerrarnos en una habitación con él durante cerca de una hora, todo el ambiente agitado del regreso pesaba en nuestra conversación. De ahí que, como un primer contacto, lo me-

yor fuera dejar que el propio Sender se dejara llevar por sus ideas y expresar cuanto le apeteciera. Así podía confeccionarse una especie de retrato, más significativo que unas respuestas «standards».

Pero, aun así, Sender podía sorprender. En su conversación era fácil descubrir a veces una evidente ironía, en otras una soterrada amargura, en otras quizá una ligera confusión. Había que tardar un poco en darse cuenta que Sender hablaba en serio; o en

pios. Pero Sender disertó sobre la Atlántida y sus misterios, me parece que ante el estupor general. Algunos insinuaron que no había podido hablar de otra cosa; otros, que esa conferencia era coherente con sus declaraciones anteriores, con la inevitable confusión del regreso inesperado (y por muchos no entendido) de este escritor exiliado.

TRIUNFO.—Podríamos comenzar nuestra conversación hablan-



«¿Para qué nos sirve la libertad si no la damos a un credo, a una tendencia social, a una persona? En mi caso, ha sido siempre a la disciplina de la expresión literaria...». En la foto, Sender en sus primeros años de exilio.

otras, que hablaba en broma. De cualquier forma, este es el resultado de nuestro encuentro. El lector sacará sus propias conclusiones.

Más tarde, el escritor iría al pronunciar su conferencia. El público llenaba el amplio salón de la Biblioteca Catalana, sentándose incluso en el suelo, apiñándose junto a la pared. Todos esperaban alguna declaración de princi-

do de algo que ha señalado usted hace poco, referido a su novelística. La diferencia que hay entre la fantasía y la imaginación. Decía usted que le sobraba imaginación y que le faltaba fantasía...

SENDER.—La fantasía es lo que tiene el niño antes de llegar a la razón. Para poner un ejemplo, fantasía es el «Amadís de Gaula»; imaginación, el «Quijo-

te»... Fantasía es la invención irresponsable, caprichosa. Imaginación, hacer verosímil la realidad, porque la realidad es casi siempre inverosímil. Ahí tiene usted el reciente caso de Patricia Hearst; hacer verosímil un hecho así es cosa de la imaginación. La fantasía es inventar cosas irracionales...

T.—La fantasía es una fuga...

S.—Sí, como una fuga. En un niño tiene gracia, porque suele tener calidad poética. En una persona mayor, no, porque el hombre tiene que usar su fantasía para estructurar una cosa, como en mi novela «El fugitivo», aunque luego haya que usar la imaginación para hacerlo verosímil al lector.

T.—Esta idea de hacer verosímil la realidad es constante en usted. Y también la de que el escritor debe ir contra la realidad. ¿Cómo se puede ir contra la realidad?

S.—Contra lo que la gente llama realidad, una realidad convencional, que es una realidad falsa: la honradez del comerciante al por menor, la virginal doncella, el místico sacerdote, el generoso banquero... Esta es la realidad convencional, que hay que tomar muy cuidadosamente, e inventar sobre ella otra realidad, algo nuevo. Si no es así, no hemos creado nada.

T.—Siguiendo también sus novelas, esa fantasía puede conducir a la ambigüedad...

S.—Pero la ambigüedad produce una emoción lírica.

El compromiso social

T.—Pero también la ambigüedad puede ser negativa en la medida en que sirva para marginarse de un compromiso con la auténtica realidad...

S.—Le veo venir, le veo venir... En un sentido político, yo no entiendo nada. Como no pertenezco a ninguna organización, a ningún partido, ni tengo tampoco la menor ambición de ser gobernador civil ni ministro, me parece que no hay lugar para hablar de esas cosas... Para mí, la realidad política no existe. Es una frivolidad. Lo único que quiero es un sentir social.

T.—A eso me refiero.

S.—En ese sentido social, yo creo —y es lo importante para España—, que hay que dejarse de



El 29 de mayo de 1974 regresaba a España —aeropuerto de Barcelona— Ramón J. Sender, tras treinta y seis años de ausencia. Como Carner, como Casona, como Américo Castro.

partidos y abrir caminos a la socialización, como en Estados Unidos, Francia y otros países. Y esto no es política, es algo más simple. Por ejemplo, hay aquí un movimiento de cooperativas muy importante. Hay cerca de mil cooperativas funcionando. Eso es socialización, ¿comprende? Hay trabajadores que se ponen de acuerdo, que producen por sí mismos, que distribuyen por sí mismos y que, por lo tanto, eliminan la figura del capitalista parásito. Y se ponen en condiciones de hacer uso del progreso que haya, dándole una dirección cultural o mejorando, en fin, la situación de cada uno de los miembros de la cooperativa, que bien lo necesitan a veces. La posición mía, como la de usted y la de todo el mundo, es que se pueda continuar por ese camino de la socialización, que en Estados Unidos es ya una participación de los obreros en los beneficios. Por ejemplo, una tercera parte de los obreros de la General Motors —que son muchos millones— tienen acciones de la compañía, y esto es una forma muy importante de socialización. Y luego tiene usted allí obreros parados que van conduciendo su Cadillac porque tienen unos subsidios de paro que son superiores a los sueldos de obreros cualificados de algún otro país, y de Rusia también, por supuesto. Esto no es política, es sociología. Tener conciencia social es una cosa y tener conciencia política es otra. Política es organizar, de una forma u otra, la toma de poder. Eso no me interesa, ni nunca me ha interesado. Lo importante es lo que hace el político en el poder por la mejora de las condiciones

sociales, es decir, por un mejoramiento del sistema de convivencia, que siempre tenemos que aceptar, porque no vamos a apartar a nuestro vecino ni a envenenar al obrero que quiere más salario, ni a matar al capitalista. Se trata de convivir y hacer las cosas lo mejor posible.

La Federación Ibérica

T.—Es curioso cómo su regreso a España puede ser interpretado de diversos modos. Dada la importancia concedida a la noticia...

S.—Pero eso puede que tenga algo de positivo y convenza a otros compañeros para que vean que no nos comemos a los curas por la calle y que nos parece muy bien que nuestros sobrinitos se casen por la Iglesia, y que nos parece muy bien que nuestros hijos vayan a rezarle al Cristo que puedan elegir... Cualquiera forma de ser es siempre respetable... Quizá habrá así un camino más ancho para el entendimiento, que es lo que necesitamos todos los españoles... Mientras eso no llegue, España es un país esquizofrénico... Pero, ¿usted decía?

T.—Sí, que su regreso podía entenderse por unos como una abdicación, y por otros como una aceptación de un sistema político muy diferente al que usted defendía antes de marcharse de su país.

S.—La forma de gobierno me parece secundaria. Puede haber una monarquía muy socializante, como en Suecia, Dinamarca o In-

glaterra, más socializantes que Rusia misma, que ya es decir. Y puede haber repúblicas muy reaccionarias... Yo prefiero un Rey progresivo a un Presidente de República reaccionario... Por ejemplo De Gaulle era un tipo grotesco hablando siempre de «la grandeur de la France»... Para mí, el ideal sería una Federación Ibérica. Claro, esto parece una utopía, pero como yo no soy político, cualquier opinión mía puede parecer utópica. Una Federación de Estados Ibéricos, en la que entraría Portugal, ahora que pierde el imperio. Y la Península entera progresaría de un modo tremendo. Decía Bernard Shaw que siempre que se firma un contrato hay una víctima... Pero en este caso no la habrá; por la situación económica de Portugal y por la situación económica de España... De esto, lo importante no es la política, sino la conciencia global de la Humanidad, no la conciencia de nacionalidad. Hay que pensar como habitante de la Tierra, no como habitante de una nación política. Cuanto más habitante de la Tierra sea uno, más español será. Se destacarán mucho más los valores culturales y folklóricos de cada región. La desaparición de las nacionalidades políticas no quiere decir que nos vayamos a uniformar todos, sino al contrario. La uniformidad consistirá solamente en la organización económica, en el sentido social. Y a esto van, y muy de prisa, las grandes potencias. El problema que tienen es quién debe ceder más, si Rusia o Estados Unidos... Esa conciencia global la tiene ya todo el mundo fuera de España; dentro, no sé, pero probablemente

mucha gente también. En Estados Unidos ya se comprueba esto con la mezcla sorprendente de negros, chinos, mejicanos... Hubo una época crítica para la convivencia, pero ya ha sido superada. La conciencia global se va perfilando en esas relaciones entre Rusia y Estados Unidos, en Gromyko hablando de tú a Nixon... Y vamos a eso. Y a eso no se va siendo miembro de un partido político, sino teniendo conciencia social. En dos o tres generaciones, se llegará a un socialismo humanitario, a un socialismo al que no se ha llegado en ningún país.

La selección natural de la biología

T.—¿Ya no se organizarían las defensas de los capitalistas y sus organismos?

S.—Mire usted que el más alto grado de capitalismo está en Estados Unidos. Yo he conocido a Rockefeller hace veinte años. Comimos varios en un restaurante de Nueva York, y el único que no parecía rico era Rockefeller. Era un hombre de apariencia descuidada. Hablamos de mil cosas, y él decía que mientras no le quitaran ninguno de los tres coches que tenía ni sus Consejos de Administración, a él no le importaría este socialismo. Y es que en los países muy desarrollados, el obrero tiene a veces un coche mejor que el del capitalista. Yo no he sido rico nunca, pero vivía en los Estados Unidos tan bien como podía vivir Rockefeller. Tenía una casa magnífica, llena de alfom-

Taller Ediciones JB

COLECCION TALLER DOS

Enrique Brasó.
Carlos Saura.

350 páginas. 315 grabados,
340 pesetas.

FESTIVAL DE CANNES 74 PREMIO DEL JURADO AL DIRECTOR CARLOS SAURA

NOVEDADES COLECCION TALLER UNO

Antonio Fernández Alba.
Cinco cuestiones de Arquitectura.
264 páginas. 150 pesetas.

Juan Pedro Oulñonero.
Baroja: Surrealismo, terror y transgresión.
206 páginas. 150 pesetas.

Agustín Espinosa.
Crimen, Lancelot, 28*7*, media hora jugando a los dados.
244 páginas. 150 pesetas.

COLECCION TALLER SIETE BIBLIOTECAN

Fernando G. Delgado.
Tachero.
176 páginas. 140 pesetas.

Juan Manuel García Ramos.
Bumeran.
202 páginas. 140 pesetas.

EN TODAS LAS LIBRERIAS Y EN LA FERIA DEL LIBRO

Taller Ediciones JB
ambrós, 8 madrid-28
teléfono 255 12 66

RAMON J. SENDER

T.—Yo no opino. Me limito a reproducirlo...

S.—Actualmente, en las artes, las letras y las ciencias, lo más irracional es lo más interesante. ¿Qué hay de racional en la pintura de Picasso o en la música electrónica? En las religiones también ha habido siempre un fondo de irracionalidad, que se salva por la fe. El hombre va siendo cada día más consciente de su irracionalidad... La élite conductora cultiva lo irracional de una manera deliberada... Todo esto que le digo puede sonar como una traca...

T.—No se lo puedo negar.

S.—Pero tampoco me puede usted negar que hay un fondo de verdad en todo esto. En la Iglesia misma tenemos una parte que quiere ser racional, que es «la izquierda», y otra, que es la derecha, que sabe que es irracional, y que se basa en el milagro. Si desaparece el milagro, desaparece el catolicismo. Santo Tomás quiso ser racional, y antes de morir pidió que se destruyeran sus escritos. No hay conciencia religiosa sin milagro, porque ya no es religión, es sociología, humanitarismo. Naturalmente, detrás de todo hay una razón. Pero esa razón sólo la conoce Dios. Y nosotros tratamos de aproximarnos a esa razón, por un lado o por otro, cada día más desorientados.

Humor negro

T.—En algunas de sus novelas se desprende ese espíritu religioso del que habla. Antes citábamos «El fugitivo», y ahí creo que se encuentra reflejado...

S.—Sí, lo está. En su problema básico, en el de tener que dar la libertad a algo, porque si no estamos perdidos. Con toda nuestra libertad, ¿qué hacemos?... Si no la damos a algo o a alguien, estamos perdidos. Se siente una sensación de vértigo y de infinito...

T.—Pero, de hecho, ¿no se da siempre a algo o a alguien?

S.—Cuando se tiene su edad, quizá sí. Pero a medida que se madura, se va acumulando libertad, y llega un momento en que uno tiene toda la libertad posible, que es mi caso... Yo he hecho en todo momento lo que me ha dado la gana y como me ha dado la gana... Y llega un momento en

que uno dice: ¿y para qué? Es como tener una inmensa cantidad de dinero y no usarlo nunca... ¿Para qué nos sirve la libertad si no la damos a un credo, a una tendencia social, a una persona? En mi caso, ha sido siempre a la disciplina de la expresión literaria...

T.—«El fugitivo» era también una novela desesperada...

S.—La vida, ni la entendemos ni la hemos entendido nunca... Ese es uno de sus atractivos, pero también una de sus dimensiones trágicas. Nunca la entenderemos... Louis Aragon, que tiene tres o cuatro años más que yo, lleva seis meses escribiendo sobre la muerte. Y se desespera: ¿para qué sirve el haber nacido, si uno tiene que morir? Pero yo me pregunté para qué vamos a tratar de entender la muerte, cuando todavía no hemos entendido el nacimiento... Son cosas que están fuera de nosotros. Tratar de entender la muerte conduce a una angustia natural... es inevitable... Los románticos se suicidaban y hacían un deporte de eso. No sé... Pero es un deporte un poco absurdo, aunque quizá sea la única cosa que puede hacer un hombre que está rodeado de problemas... Se dice siempre que hay una puerta para entrar y una multitud de ellas para marcharse... Entonces, uno puede elegir. Eso es lo lógico, ¿no?... Pero, claro, es una lógica absurda...

T.—Señor Sender: si usted, entre esas dos circunstancias incompatibles, el nacimiento y la muerte, pudiese contemplar su propia vida como si se tratara de otra persona, si pudiera usted revisar su existencia, con los años difíciles del principio, con sus luchas durante el Directorio Militar, la guerra civil, el fusilamiento de su esposa, su marcha a Méjico, su triunfo en los Estados Unidos, su regreso, ahora, a España, ¿qué impresiones le produciría la vida de ese escritor llamado Ramón J. Sender?

S.—La mitad de su vida me parecería humorística, y la otra mitad trágica... Sería lo que llaman ahora humor negro...

T.—¿Humor negro?

S.—Sí, claro... Como será también la vida de usted, no se haga ilusiones... Humor negro... Hemos tenido, claro, días gloriosos, pero... no compensa... del todo...
■ DIEGO GALAN.